

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1888→

NÚM. 328

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *La Exposición Universal de Barcelona*, por don M. A. — *Cervantes militar, marino y diplomático* (conclusión), por don Luis Carreras. — *¡Viva la Catalineta!* por don Ricardo Revenga. — *Noticias varias.* — *La ciencia práctica.*

GRABADOS. — *Palacio de Bellas Artes*, por el arquitecto D. Augusto Font. — *La tertulia de Diderot*, cuadro de Meissonier — *El bobo de Coria*, copia del cuadro de Velázquez, grabado por Weber. — *Gran Hotel Internacional*, construido en 53 días con motivo de la Exposición. — *Fachada de la gran nave central en el Palacio de la Industria*, en donde se instalan los objetos remitidos por la Real casa y el Gobierno. — *Fachada de la sala de maquinaria.* — *Galería en la sala de maquinaria, con fuerza motriz.* — *Umbráculo destinado á exposición de plantas en el recinto de la Exposición.* — *La ciencia práctica.*

NUESTROS GRABADOS

VISTAS DE LA EXPOSICION UNIVERSAL

(De fotografías obtenidas por los Sres. Audouard y C.^ª)

Publicamos en el presente número diferentes vistas de varios edificios construidos con motivo de nuestra Exposición. Como se observa desde luego, esos edificios, si bien muy adelantados, no han llegado aún á su terminación. Difícil es, por lo tanto, formarse de ellos una cabal idea en su actual estado. Esto nos mueve á aplazar su descripción para cuando hayan recibido la última mano. Entonces

tendremos ocasión de reproducirlos y los datos que sobre ellos suministremos podrán ser debidamente apreciados y comprobados. Esto no obsta á que hoy publiquemos los que se refieren al Gran Hotel Internacional terminado ya, y del cual publicamos á continuación una sucinta reseña.

GRAN HOTEL INTERNACIONAL

El Gran Hotel Internacional, una de las obras que más han llamado la atención entre las que se han construido con motivo de la Exposición Universal, ocupa una superficie de 150 metros de largo por 35 de fondo, ó sea una área de 5,250 metros cuadrados, en los terrenos ganados al mar, en lo que es hoy paseo de Colón.

Dióse comienzo á las obras el día 5 de diciembre del año pasado, es decir, hace exactamente cuatro meses, empleándose 6 albañiles y 36 peones, para formar la cerca y demás obras preparatorias, según un croquis de la planta, pues se formaban aún los planos, por haberse variado el proyecto primitivo.

El 8 del mismo mes de diciembre, se empezó el piso de hormigón sobre que descansa el edificio y los cimientos sobre los cuales el 26 se comenzó á levantar paredes. Los trabajos de albañilería duraron hasta el 12 de febrero en que hubo la comida de los operarios con motivo de construirse ya la cubierta. Por término medio estuvieron ocupadas en la obra 1,000 personas, aunque hubo días en que se contaron 2,000.

El 22 de febrero empezaron las obras de decorado exterior y el 10 de marzo las de pintura en esgrafiado de los 1,000 plafones que hay en las cuatro fachadas.

Consta el edificio de cinco pisos, y en el cuerpo central y en las cuatro torres de seis, á saber: bajos, altillos, primer piso, principal y segundo piso.

Hay en los bajos un gran vestíbulo cerrado con rejas de hierro. Tiene este vestíbulo cuatro entradas, dos centrales para la gente de á pie y dos laterales, una para la entrada y otra para la salida de los

coches. A uno y otro lado del vestíbulo hay una peluquería, un despacho de paraguas, guantes, camisería, etc., un estanco, un puesto de florista y un gabinete de limpiabotas. Este vestíbulo comunica con un pórtico que da la vuelta al gran patio central cubierto con cristales, y debajo de este pórtico se halla el despacho del director, el correo, el teléfono, una librería y puesto de venta de periódicos, un despacho de localidades de los teatros, circos, etc., la administración y un local para carga y descarga de equipajes, que se suben y bajan de los pisos superiores por medio de ascensores.

Las habitaciones de la planta baja están destinadas á familias. Cada una se compone de una sala dormitorio espaciosa, un gabinete tocador, un cuarto para baules ó para criados y excusado.

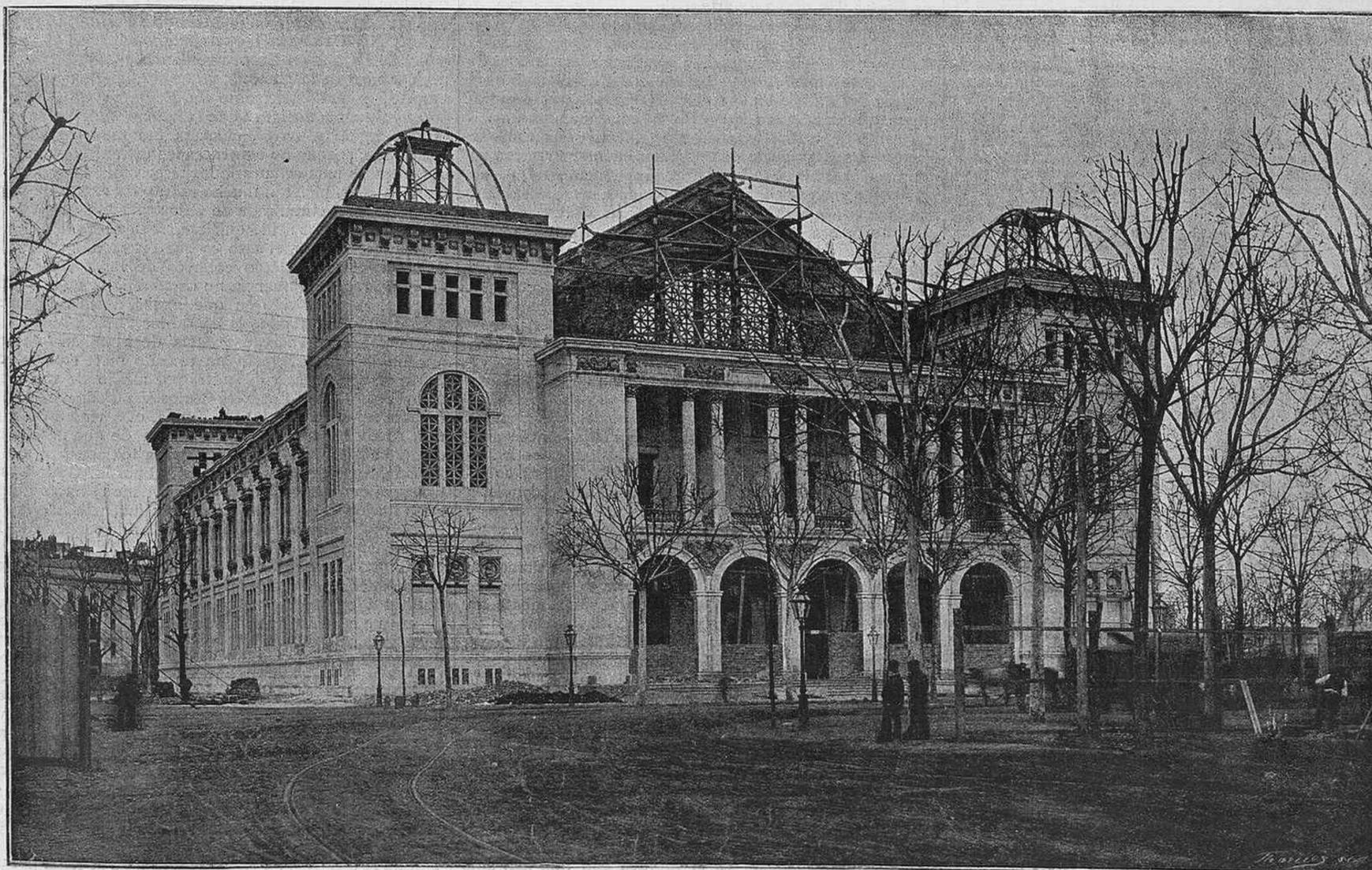
Al extremo de la parte de Atarazanas hay: el gran comedor para la mesa redonda, capaz para 250 cubiertos, la sala-restaurant, capaz para 100 personas, y dos comedores para familias.

En el altillo se halla la gran cocina económica construída por el señor Cañameras, de esta capital, de cinco metros de largo, con *grilladoras* inventadas por dicho señor, en una de las cuales se pueden hacer 400 bifecks. Hay nevera para carne y pescado, guarda manjares, heladores, dos monta platos para servir á los comedores de los pisos superiores, montado todo según los últimos adelantos, y todas las demás dependencias necesarias, como repostería y depósitos de vajilla y cristalería, servicio general de mesa y, por fin, las habitaciones para los empleados principales.

El primer piso tiene los mismos salones de restaurant y comedor de mesa redonda que el piso bajo. Las habitaciones son de dos y de una cama, y se comunican de cinco en cinco. Hay algunas habitaciones especiales. Las que dan al patio de honor en el cuerpo central y las de las cuatro torres se componen de antecámara, un saloncito, salón, tres dormitorios, excusado, cuarto de baño y aposento para los criados. Estas habitaciones se repiten en todos los pisos, en los cuales hay la misma distribución, excepto los comedores, de que carecen el principal y el segundo piso.

En cada una de las crujeas laterales se han construído correidores que cogen toda la longitud; tienen 3 metros de ancho y están corta-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



PALACIO DE BELLAS ARTES, proyecto del arquitecto D. Augusto Font

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^ª, concesionarios exclusivos.)

dos por lucernarios de 5'10 metros de lado, con claraboyas. En todos los pisos hay retretes, urinarios, cuartos de baño y escaleras de servicio interior.

Al patio de honor lo circunda una galería volada en el piso principal y cubierta en los demás pisos. De casi el centro de dicho patio arranca la escalera de honor. Llega hasta el último piso, y a fin de evitar la monotonía cambia de estructura en cada piso. Dicha escalera se desarrolla sobre el paso destinado a los carruajes.

La fachada principal tiene un cuerpo central de 26 metros de ancho y 24 de altura. Las torres cuadradas ó cuerpos extremos rematan en cúpula y miden nueve metros de largo cada una. Las dos alas de edificio ó crujeas laterales, con dos cuerpos salientes, miden 50 metros cada una.

Corre todas las fachadas al nivel del piso principal una barandilla de hierro formando varios dibujos, limitando aquélla una galería de 2 metros de vuelo. Tiene dicha barandilla cerca de medio kilómetro de longitud; no es continua por cuanto la corta en el cuerpo central una barandilla de piedra labrada.

El decorado es de motivos heráldicos. En los esgrafiados de los plafones se han pintado figuras de todas las naciones y principales comarcas del globo. El autor del proyecto del edificio ha querido darle un aspecto señorial que recuerde las construcciones de la Edad media.

Hay en todo el edificio 2,800 puertas, ventanas y balcones. Delante de la fachada principal se están formando jardincitos.

Hay repartidos en los distintos puntos del Gran Hotel 200 relojes; en el patio central se ha colocado uno con campanas.

La iluminación es mixta. Hay lámparas de luz eléctrica de arco voltaico y lámparas incandescentes.

Para el servicio médico continuo habrá varios facultativos.

El proyecto y dirección facultativa de este edificio honra á su autor, el inteligente arquitecto don Luis Domenech y Montaner, á quien ha auxiliado como subdirector don Buenaventura Pollés y Vivó. Los destajistas de albañilería han sido los señores D. José Miró, don José Torres y D. José Felíu.

La Sociedad de material de ferrocarriles y construcciones ha llevado á efecto la parte de carpintería y la Herrería de San José ha elaborado los hierros de armar, excepto las armaduras del patio de honor, que han sido hechas en los talleres del arquitecto don Juan Torras.

Las obras de cerrajería se han repartido entre varios talleres de esta capital. La parte de decorado ha corrido á cargo de la casa Bagegodá y la de pintura esgrafiada á la italiana y el estuco de las fachadas al de los señores Saumell y Vilaró, quienes han ejecutado su trabajo según los bocetos hechos por los artistas señores Riquer, Baixeras y Llimona.

Casi todas las habitaciones tienen ya su mobiliario, contándose un total de unas 800 camas. Estas, lo propio que los armarios con espejo, lavabos, mesas, sillones, sillería, etc., y los cortinajes han corrido á cargo de los ebanistas señores Pradell y Canals. La luz eléctrica la proporciona la Sociedad española de Electricidad. Las vajillas y servicios de porcelana han salido de la fábrica que los señores Florensa hermanos tienen en Hostafranchs.

En la construcción del edificio se han empleado 3 millones de ladrillos, 500 toneladas de hierro para la construcción, sin contar con la cerrajería, y 80,000 quintales de cemento; habiendo habido día en que se colocaron 3,600 quintales de cemento y 4,000 metros cúbicos de arena. Se han pagado 60,000 jornales de todas clases, contando 7,000 de carros, 6,500 de carpintería y 8,000 de pintores, decoradores, vidrieros, lampistas, etc.

LA TERTULIA DE DIDEROT cuadro de Meissonier

Cuando un lienzo lleva al pie la firma de Meissonier, no hay por qué discutir sus condiciones artísticas. Así el cuadro que hoy publicamos tendría en absoluto el mérito de una bella obra de género, si no le dieran aun mayor importancia el asunto que representa y los personajes que en él figuran.

En el gabinete de estudio de Diderot (1712-1714) se hallan reunidos los más famosos autores de la *Enciclopedia*, el trabajo literario que más directamente haya influido en las evoluciones de la humanidad. Dionisio Diderot, hijo de un humilde artesano, recibió su instrucción literaria de los jesuitas de Francia; mas resultó tan poco parecido á sus maestros que, adoptando las doctrinas del célebre Spinosa, si no se proclamó ateo, ni mucho menos, popularizó cierto panteísmo, completamente opuesto á la doctrina católica y á todas las creencias reveladas. Para Diderot la demostración de Dios existía únicamente en el movimiento universal, y dominado por la idea de que, en su opinión, era puro fanatismo la doctrina positiva de todas las iglesias, se propuso batirla en brecha divulgando ó mejor extendiendo las conquistas de la ciencia que trató de oponer á las doctrinas religiosas. De aquí surgió la famosa *Enciclopedia* del siglo XVIII, obra colosal acometida con la cooperación principal de D'Alembert, que se sintió fatigado á mitad del camino.

Colaboraron en esta obra los más eminentes escritores ó filósofos de la época, y el cuadro de Meissonier da idea de una de las tertulias frecuentes en casa de Diderot, donde eran leídos, discutidos y sancionados los artículos destinados á la *Enciclopedia*. Los personajes reproducidos en el lienzo, aparte Diderot, son Daubenton, Rousseau, Tonne, Marmontel, D'Alembert, Lemonnier y Leblond, la flor y nata del enciclopedismo. En esas tertulias se formó propiamente la nube que descargó sobre Europa, al poco tiempo, la famosa revolución de 1789.

EL BOBO DE CORIA, copia del cuadro de Velázquez, grabado por Baude

Los inteligentes que visitan el Museo de Pinturas de Madrid, saben de sobra que éste posee las más preciadas obras del no igualado don Diego Velázquez. De todas ellas tendrán idea, pero su mayor empeño es examinar el famoso *Bobo de Coria*, en cuyo lienzo, más tal vez que en ningún otro, son de admirar las sublimes condiciones del egregio artista. No es difícil de comprender esta preferencia, puesto que el *Bobo* de Velázquez es de una fuerza de ejecución tal que parece desprenderse de la tela y reirse estúpidamente de sus admiradores. Es el colmo de la naturalidad, prodigio del colorido, obra bajo todos conceptos maestra y que, precisamente por no conocerse á punto fijo su origen, es la más reluciente demostración de que el genio, á la altura del de Velázquez, puede animar las piedras hasta el punto de hacerlas interesantes.

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PARQUE

Cuando el dueño de una casa invita huéspedes para que le honren con su visita, viene obligado principalmente á tenerles hospedaje dispuesto á la altura de su categoría. Barcelona ha dado cita en su recinto al Trabajo

Universal, y á huésped de tal importancia corresponde alojamiento de especialísimo orden. Todos los pueblos que se han permitido el lujo de celebrar una Exposición de esta naturaleza, lo han comprendido de tal suerte y entre ellos se ha establecido noble competencia en las construcciones destinadas á contener los productos más acabados del arte y de la industria. El *Palacio de cristal* que Londres dedicó á la Exposición de 1851 fué considerado maravilla de construcción; pero fué superado por el *Palacio de la Industria* que París levantó para el certamen de 1855. El éxito creciente de esta clase de manifestaciones dió lugar á sucesivos portentos del arte arquitectónico, y por lo tanto, el primer compromiso de Barcelona, metida en el empeño, era que el recinto, la parte material en que aquél había de desenvolverse, no acusase mezquindad de concepción ó deficiencia de medios.

Llevamos nuestra franqueza hasta el punto de reconocer que por un momento llegamos á temer que en este importante particular no pudiera nuestra ciudad querida satisfacer las exigencias legítimas de los expositores y la crítica de los mal acostumbrados visitantes. Y sin embargo, con igual franqueza y con mayor placer consignamos que nuestros temores se han desvanecido. El campo de la Exposición barcelonesa y los edificios levantados en él sostendrán, sin ridículo cuando menos, las comparaciones que con otros análogos quieran establecerse y tendrán sobre sus precedentes del extranjero la superioridad de la rapidez con que han sido concebidos y ejecutados.

Y no se diga si alguna de las obras son más ó menos sólidas, y si tienen más de aparatosas que de resistentes. El autor del proyecto general y director de la ejecución en conjunto sabe de sobra que en esa clase de construcciones destinadas, las más de ellas, á ser demolidas una vez cumplido el objeto para que se idearon, han de reunir principalmente las circunstancias de grandiosidad y elegancia de líneas; porque sería ocioso y á más de ocioso superfluo, que se las dotara de aquella consistencia propia de los edificios que se proyectan para ser transmitidos á los siglos venideros.

Sin embargo, con buen criterio, los encargados de dar forma á las necesidades técnicas de la Exposición, aprovecharon esta ocasión excepcional para dotar á Barcelona de edificios de que carecía con detrimento de su justificada importancia; y de aquí la oportuna división en construcciones permanentes y en construcciones destinadas al derribo, aplicando á unas y otras aquellos principios y reglas de que no se ha prescindido en ninguna otra Exposición universal. Con no menos conocimiento de causa se ha empleado en la distribución del perímetro general el sistema que la experiencia ha demostrado ser preferible de no levantar un solo edificio (llamémosle palacio), para contener las manifestaciones todas del progreso humano; antes bien repartiendo estas manifestaciones en edificios especiales, según clasificación razonada, en donde sean expuestas las obras de arte y de industria que la producción nacional y la extranjera exhiban en el gran certamen. Cuantos han visitado las Exposiciones universales hasta ahora celebradas pueden corroborar las ventajas de seguir este sistema, que facilita considerablemente el estudio del trabajo humano en sus diversos grupos racionales, y evita la confusión y mareo consiguientes al hacinamiento de productos heterogéneos dentro de un mismo recinto. La Exposición de Barcelona cuenta, pues, con un inmenso Palacio de la Industria, propiamente tal, y con suntuosos y especiales alojamientos para las Bellas Artes, las ciencias, la agricultura, la marina, las artes mecánicas, y todos los ramos de la especulación y actividad humana.

Ha desaparecido, por lo tanto, el temor de que nuestra ciudad figurase en mal lugar por el recinto y locales de la Exposición. Su aspecto general, desde el Arco triunfal de entrada hasta el puente monumental que comunica los jardines del Parque con la tranquila playa del Mediterráneo, es grandioso, variado y por todos conceptos bello. A esto contribuye no poco la circunstancia de haberse emplazado el núcleo de la Exposición en los jardines del Parque, cuyo agradable aspecto y esmerado cultivo aprecian más los extranjeros que los barceloneses, quizás por estar los últimos más habituados á ello. Gracias á este bien calculado emplazamiento los visitantes de la Exposición podrán esparcirse por grandes y agradables paseos, siendo de esperar que tan ameno sitio se convierta durante algunos meses en punto de reunión de propios y extraños, llenando de animación un Parque, menos apreciado por los barceloneses de lo que realmente vale. Verdad es que, gracias á la Exposición, se le dotará de alumbrado, cuya carencia hasta ahora demostraba que según nuestro Ayuntamiento, el Parque únicamente era grato de sol á sol, siendo así que, dadas las condiciones de nuestro clima, las delicias de este sitio aumentan durante la noche. Y pues hoy se ha caído en cuenta de ello, permítasenos manifestar que en nuestro concepto la iluminación eléctrica hubiera sido preferible á la del gas, no sólo por la mayor intensidad de luz, sino también porque su mismo color blanquecino daría á los jardines la poética entonación de una noche de luna.

Una vez más nos complacemos en consignar que los trabajos realizados en el recinto de la Exposición son dignos de su objeto; pero aparte sus condiciones técnicas y artísticas, lo que llamará seguramente la atención del extranjero observador, lo que evidenciará las fuerzas positivas de nuestra ciudad, es la rapidez con que han sido llevados á cabo, de lo cual no hay otro ejemplo en ninguno de los certámenes precedentes. A quien le dijieran que hace seis meses la mayor parte de esos edificios ni siquiera tenían forma en proyecto, supondrá, y supondrá

con razón, que un pueblo de tal vitalidad tiene derecho á dar cita en su recinto á todos los pueblos trabajadores del mundo.

Y téngase en cuenta, en comprobación de esto que decimos, que simultáneamente con los trabajos realizados en el Parque, se verificaban en la ciudad obras de mucha importancia, encaminadas á procurar al forastero las mayores comodidades posibles y á que se forme de la policía urbana un concepto digno de nuestra administración. Quizás hubiera sido preferible que estas mejoras se realizaran sin necesidad del poderoso estímulo de la Exposición; pero al fin y al cabo dignas son de aplauso, cualquiera que haya sido la causa que las ha determinado. Entre esas mejoras es de conceder el primer sitio á la Gran Fonda Internacional, una de las primeras del mundo por su capacidad y tal vez sin rival por su emplazamiento entre el mar y uno de los paseos más pintorescos de ciudad alguna. Nos reservamos dar una idea de él y de los demás edificios, varios y todos ellos dignos de especial descripción, cuando estén completamente terminados.

Pavimentados de calles y paseos que ha muchos años debían ser renovados, lo han sido en pocas semanas; cuarteles construídos á prueba de bomba y á prueba de apóstrofes, han sido derribados unos y otros convertidos en museos; la electricidad ha ganado en un día buena parte de la batalla que hace años venía riñendo con el gas; la plaza de Cataluña si no es plaza es algo que producirá vistoso efecto; la prolongación de la Rambla da cierta idea de lo que será con el tiempo esta vía competidora del Paseo de Gracia; éste ha sido dotado de un aumento de iluminación que casi raya en prodigalidad; en los jardines públicos se echa de ver como nunca la inteligente y coqueta dirección del Sr. Oliva; las fachadas de muchas casas y los aparadores de muchas tiendas se remozan como las solteras mal avenidas con serlo; y las Casas Consistoriales se convierten con gran prisa y mayor gasto, tal vez con mejor deseo que buen sentido, en mansión para la familia real, que se asocia decididamente al empeño nacional contraído por Barcelona.

Esto nos ha traído la Exposición hasta ahora: algo más nos traerá de hoy en adelante.

M. A.

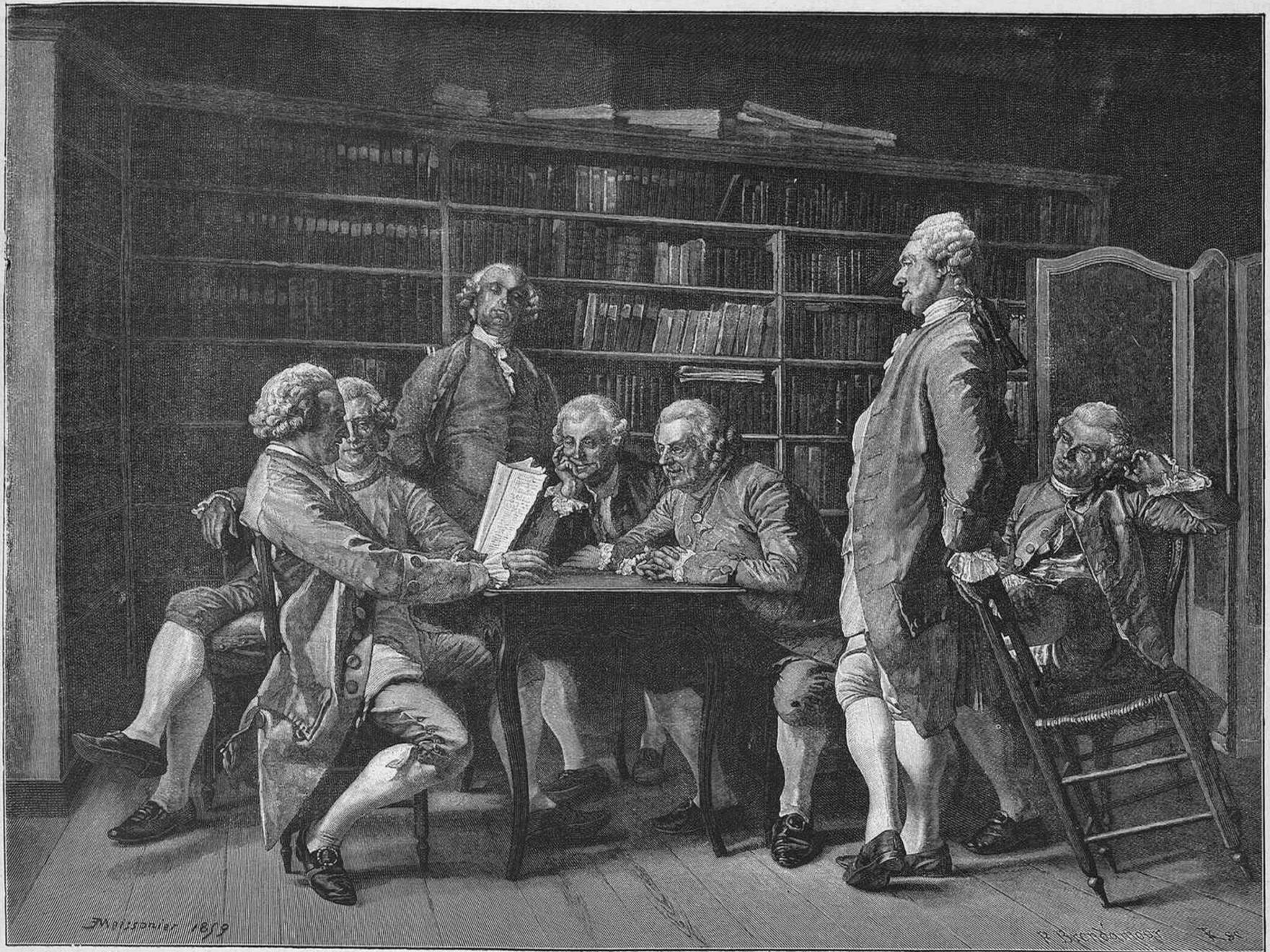
CERVANTES MILITAR, MARINÓ Y DIPLOMÁTICO

(Conclusión)

III

Además Cervantes realizaba todavía este mérito con lo que hoy llamaríamos conocimientos diplomáticos: cualidad muy apreciada en aquel tiempo de tanta política exterior. Tenía nuestro héroe clara conciencia de que el papel de España en Europa venía designado por la misma fatalidad de la Historia, y que si hoy era el azote del mundo, y particularmente de Italia, la culpa era de Italia y de otras naciones que la habían tiranizado, hasta que se irguió y vengó. «España fué muy desgraciada, solía decir; porque no contentos los extranjeros con abrir sus entrañas para arrancarle los tesoros que la tierra guardaba en ellas, hicieron mucho más; y los reinos de España fueron presa tiranizada de Griegos, Fenicios y Romanos. Sea que Dios así lo quisiese, sea que las faltas de la nación lo causasen, el caso es que en la antigüedad los españoles siempre fueron esclavos de los extranjeros; y todo el valor de Numancia no bastó á librarles del poder romano. Pero día vino en que Roma, á pesar de ser señora del mundo, recibió la ley de los Godos; luego después un Atila se encargó todavía de humillarla más; y por fin la misma España ha tomado parte en este concierto de venganzas y desquites por medio de monarcas como Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, siendo notable sobre todo que esa Roma, que vino á destruirnos, tuvo que pasar por la vergüenza de que un ejército español abriese en ella brecha y la tomase por asalto. España, regenerada de su esclavitud por los Godos, es la heredera de estos; por cuyo motivo tiene el rango de primera nación del mundo, siendo sus invencibles ejércitos el terror y la envidia de las gentes. Así lo requería la ley de la Historia (*Numancia*)».

Aunque Cervantes se equivocase, como todos sus contemporáneos, y como la misma Academia de la Historia, al atribuir á los godos españoles el papel que dice, no cabe negar que la idea que se formara de la filosofía de nuestra historia daba á sus principios de derecho internacional una base que los robustecía mucho; y gran caudillo prometía ser de nuestros ejércitos europeos quien consideraba la misión de éstos como decretada por Dios en virtud de antiguos y trágicos sucesos. En efecto, creía el joven que España debía continuar campando en Italia por su respeto; creía que debía seguir poseyendo á Flandes para influir en el centro de Europa, y por consiguiente estaba firmemente convencido de que los españoles debían derramar como antes su sangre para conservar estas posiciones. Así la idea de guardarlas como herencia de los monarcas españoles pasaba á la segunda categoría; y no porque la estimase en poco, sino porque la tenía por una simple fórmula de que Dios se valiera para realizar los designios de venganza, desquite y resarcimiento que formara respecto á España, al urdir la trama de la antigua y de la nueva historia. Es curioso ver como nuestro autor,



LA TERTULIA DE DIDEROT, cuadro de Meissonier

más de un siglo antes de Bossuet, concebía la filosofía de la historia, como el prelado de Meaux. Verdad es que San Agustín se les había anticipado á ambos en la *Civitate Dei*.

No sólo Cervantes había estudiado á fondo y conocía bien, según dijimos en otra parte, las instituciones y flaquezas de los pueblos mahometanos, y las de los pueblos italianos, de cuya fidelidad no estaba nada convencido, sino que se distinguía en gran manera por el alto criterio diplomático con que juzgaba á los adversarios de España, ó á las gentes que debían inspirar á ésta poca confianza de amigos; pues siempre que se le ocurrió pintarlos, discernía imperturbablemente sus cualidades y las hacía resaltar; lo cual practicó hasta en sus libros, á pesar de que al escribirlos, no tenía necesidad de guardar tantas consideraciones. En el mismo momento en que se ocupa de Uluch-Alí, vencedor de la Goleta, á pesar de la carnicería que el almirante turco hizo de los españoles, matando á muchos camaradas y amigos del escritor, Cervantes lo elogia sin rebozo. «Fue tanto su valor (*mérito*), dice, que sin subir por los torpes medios que los más privados del Gran Turco, vino á ser dey de Argel, y después á ser general de la mar, que es el tercer cargo que hay en Turquía. Era calabrés (*italiano*) de nación, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á los cautivos (*Quij.*)» Así hablaba de él, sin acordarse de que era renegado: circunstancia que no podía ser más agravante para un católico tan convencido: bien es verdad que lo agravante no solía alterar la serenidad de su juicio.

Ya he dicho, en confirmación de lo mismo, que á pesar de tener idea exacta del estado bárbaro de Turquía, reconocía en la Puerta una política sagaz. Cervantes no ignoraba que dirigían la diplomacia, las armas y administración turcas una multitud de renegados griegos é italianos, entre los cuales muchos hombres distinguidísimos, y que esto compensaba la imbecilidad natural del turco. Aunque en sus libros guarda respecto á los sentimientos de Italia cierta reserva sospechosa; no cabe dudar de su perspicacia y tacto, al ver la prudencia con que se abstiene de comentar, ó siquiera de calificar en el *Quijote* las paces de Venecia con Turquía, después de Lepanto; por más onerosas y bajas que fueron para aquélla, y por mucho que contrariaron la política mediterránea que seguía D. Juan de Austria. Es también notable que hablan-

do en una de sus novelitas de la organización de la misma república, la elogie como un verdadero modelo, sin dejarse influir por antiguos rencores. Sin embargo, lo que hallo más digno de atención respecto á su reserva diplomática es que á pesar de consignar en el *Pérsiles* que *Lucca era la única ciudad de Italia, donde los españoles eran bien recibidos*, — lo cual supone que no se hacía ilusiones, — habla siempre de los italianos con el mayor elogio, pintando á la alta clase como leales y bizarros caballeros, á las señoras como damas discretísimas, á los letrados como sabios y talentosos, y á la plebe como gente buena y sencilla.

Estos elogios, que Cervantes prodigó, no sólo en sus novelas, sino también en sus comedias, contrastan vivísimamente con aquella expresión sobre Lucca, la cual, leída como se debe, no significa otra cosa que lo que Cervantes sabía del modo más cumplido, lo que con menos perfección sabían los demás españoles, lo que los mismos italianos no se escondían de decir en sus libros, y lo que la historia se encargó de demostrar: que España era odiada en Italia del modo más profundo y con toda razón. Pero Cervantes poseía hasta el más alto grado el talento natural del diplomático; pues si escribiendo sabía disimular tanto, á pesar de no irle nada en ello, calcúlese hasta qué punto lo desplegara en una negociación. Ahora bien, los generales de aquel tiempo, y los mismos diplomáticos civiles solían apreciar infinitamente á los hombres que además de ser excelentes militares poseían estotras dotes, porque la guerra andaba continuamente tan unida con la intriga para deshacer las alianzas ajenas y formar las propias, que había incesante necesidad de servirse de oficiales y jefes capaces de negociaciones difíciles.

A pesar de que Cervantes amaba tanto la profesión militar, le enaltece mucho que sus talentos diplomáticos, junto con sus buenos sentimientos, le permitiesen ver la guerra tal como es, ó sea una de las tragedias más calamitosas del mundo. «¡Oh, lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, decía, pensando en la caída de la desolada Chipre! Si como carecéis de sentido, lo tuviérais, ahora pudierais lamentar vuestras desgracias. Bien tendrán que llorar los que en estas contemplaciones entren, porque los que vieron habrá algunos años esta nombrada y rica isla en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores de todo aquello que la felicidad humana puede

conceder á los hombres, y ahora los ve ó contempla deserrados de ella, ó en ella cautivos, ó miserables; ¿cómo podrá dejar de no dolerse de su calamidad y desventura? (*Amante liberal*).» Comprendiendo asimismo como diplomático el daño que á los reyes hacían las tropelías de los ejércitos en los pueblos amigos, lo deploraba y disculpaba hábilmente. «Infelicidad del buen príncipe es, decía, ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa de que los unos son verdugos de los otros sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra tienen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia.»

Así es que opinaba que los gobiernos debían siempre agotar todos los recursos de la diplomacia antes de apelar á las armas. «No es bien, exclamaba, que lo que puede remediarse con la industria (*negociación*), se remedie con la espada (*Española inglesa*):» principio trascendentalísimo, que ha dado lugar á la formación de la escuela diplomática moderna. Pero como Cervantes sabía todas las dificultades que aquella doctrina hallaba en su tiempo, había estudiado el derecho de la guerra. Partiendo, pues, del principio de que el Estado, ya se llamase monarquía, ya república, tenía un origen divino; creía que éste debía buscar la sanción justa de sus actos en la *Biblia* interpretada por el catolicismo. La misma idea tenían todos los estadistas cristianos de la época; sólo que los protestantes, según ya sabemos, no admitían las interpretaciones bíblicas de Roma. En aquellas teorías se fundaba pues Cervantes para juzgar de lo legítimo de una guerra, y para establecer el fin que semejante conflicto debía siempre tener. «El objeto de las armas, opinaba, es la paz: joya y prenda, sin las cuales, ni en la tierra, ni en el cielo, puede haber bien alguno. El que hace, pues, la guerra por causas que no sean justas, ni razonables, carece de todo juicioso discurso. Hacer la guerra para tomar venganza injusta (que justa no puede haber ninguna) va derechamente contra la religión que profesamos. Los varones prudentes y los países bien gobernados, por cinco cosas han de desnudar la espada y hacer la guerra: la primera por defender la fe católica; la segunda por defender su propia vida; la tercera por su honra, familia y hacienda; la cuarta por los derechos justos del rey, y la quinta por la patria. (*Quij.*)» Se habrá observado que la lista no

MUSEO DE PINTURAS DE MADRID

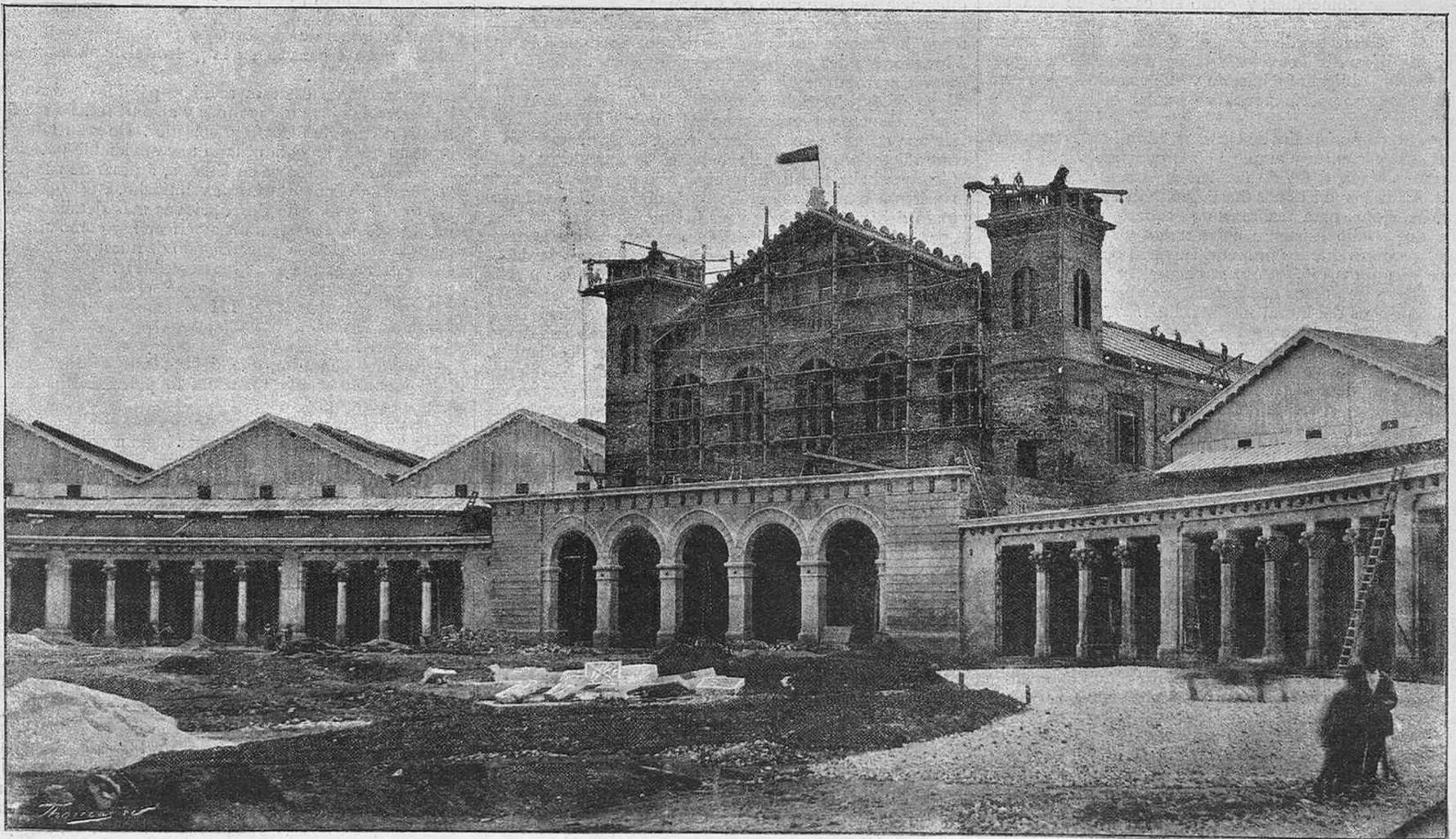


EL BOBO DE CORIA, copia del cuadro de Velázquez, grabado por Baude

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



GRAN HOTEL INTERNACIONAL, construido en 53 días con motivo de la Exposición



FACHADA DE LA GRAN NAVE CENTRAL EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA
en donde se instalan los objetos remitidos por la Real casa y el Gobierno

es corta; pero si se mira bien, se notará que algunos de aquellos motivos aun sirven para justificar gran número de conflictos del mismo género: cosa que no podrá menos de llamar la atención de muchas personas que hayan aceptado la teoría sin desconfianza.

Sin embargo, creo que Cervantes hablaba de buena fe, á pesar de su diplomacia; y que por *justicia* entendía designar todo lo que entonces parecía justo. Mas como su espíritu era tan práctico, no dejaba de reconocer que á veces, en ciertas ocasiones y cuestiones, el derecho no servía de nada, siendo hasta ridículo alegarlo. Así es que decía: «Donde hay fuerza de hecho, se pierde cualquier derecho. (*Guarda cuidadosa*).» He aquí sentada axiomáticamente la teoría moderna de los *hechos consumados*; lo cual nos demuestra, que aunque Cervantes fuese un gran filósofo moral, también era un hombre de acción y un diplomático de su tiempo.

Bastante difícil sería desembrollar lo que entendía por *derechos justos* del rey, porque en toda contienda no había parte que no creyese poseerlos; pero no será tan difícil rastrear cuáles, entre las guerras de su tiempo, le parecieran injustas y justas. En las primeras me parece que puso á las de Flandes, ó siquiera las tuvo por irracionales; y en las segundas colocó á las que se hicieron á Turquía. Pocos cervantistas son capaces de reconocer la primera opinión, por más que sea la única que podía honrar á Cervantes; en cambio la segunda les parecerá á todos exacta; deduciéndose uno y otro parecer de los sentimientos religiosos del joven.

Este punto nos obliga á tocar otra vez sus ideas sobre la política exterior de España. Cervantes, á pesar de todas las desilusiones que le produjo la paz de Venecia con Turquía, la mala conducta de Felipe II con D. Juan, la catástrofe de Túnez y la Goleta, y la paralización de todas las operaciones del Mediterráneo en beneficio de la guerra contra los Flamencos protestantes, seguía abrazado á la doctrina de que España debía dar la preferencia á la posesión del Mediterráneo, á consecuencia de lo cual modificaba sus demás deseos, subordinándolos á aquel interés. El no cesaba, ni en el resto de su vida cesó de hablar de este asunto y de su importancia, señalando de continuo la ciudad de Argel como la posición capital que debía ocuparse. «Argel es la gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, exclamaba; puerto universal de corsarios, y amparo y refugio de ladrones, que desde su pequeño puerto salen con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el estrecho de Gibraltar, y á acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano, piensan estar seguras de los bajeles turcos (*Pérsiles*).»

En la misma conducta prudente y conciliante que seguía con los italianos debía influir mucho la convicción de que se necesitaba de ellos para llevar á cabo aquel programa. Cervantes creía urgente ocupar del litoral africano aquellos puntos estratégicos que debían abrigarlo contra los mahometanos; y como las causas de esta urgencia no cesarían mientras los turcos dispusiesen de una marina y de puertos de guerra en Africa, estaba convencido de que un día ú otro los Estados, á pesar de su ceguera, se verían obligados á hacerlo, y que cuando llegase este caso España no podría menos de buscar el concurso de Italia.

Los libros y comedias de Cervantes contienen datos que revelan la paciencia y amplitud con que había estudiado aquella política, á fin de facilitar su desempeño. Aseguraba él que los cristianos hasta podrían servirse de los mismos moros para realizarla más pronto y mejor, beneficiando el odio existente entre turcos y árabes, las guerras frecuentes que los primeros se veían obligados á sostener con otros estados mahometanos, y las profundas divisiones y conflictos que á cada paso surgían entre los mismos moros del litoral mediterráneo. Describiendo en la *Gran Sultana* un consejo de ministros turco, presidido por el Sultán, pone en boca del primer ministro estas palabras: «A lo que yo descubro y veo, tus deseos no pueden ser mayores de sosegar las armas de Oriente, mientras Persia no alce la frente. ¡Triste historia es lo que pasa! La Persia nos perjudica de tal modo, que es lo mismo que *Flandes para España!*»

El que medite bien estas palabras descubrirá fácilmente la intención que tienen, y sobre todo la importancia que Cervantes les daba al destacar la frase *triste historia es lo que pasa*. En otras producciones suyas se hallan más indicios de lo mismo. Al mismo tiempo que aquellas palabras confirman indirectamente sus profundas convicciones acerca de la política mediterránea, nos ayudan directamente á entrever lo que de verdad pensaba de las guerras de Flandes, puesto que las califica de otra triste historia para España, como si dijésemos de una verdadera calamidad nacional; y si se recuerda la falta que habían hecho en las campañas de Lepanto y Navarino, y en las dos de Túnez los tercios enviados poco antes de Italia á Holanda, y la suspensión de las operaciones contra el Turco para desencadenarlas contra los Flamencos, se hallará muy justificado cuanto hasta ahora le he atribuído en otras partes de esta historia. Cervantes opinaba que no habiendo necesidad, como no la había, de oprimir y provocar á Holanda, el gobierno debía concentrar todos sus esfuerzos en arrojar á los turcos del mediodía del Mediterráneo — que era lo más urgente para el bien de Italia y España, y para el buen desempeño de la política internacional de su patria en el Centro de Europa.

Esta opinión tiene más trascendencia de lo que á simple vista parece, pues lamentar las guerras contra Holanda equivalía á reprobear las matanzas que las produjeron;

y aunque de eso no tengamos declaraciones directas, que Cervantes no podía hacer por escrito, existen indicios merecedores de tomarse en cuenta. Al hablar el *Cautivo* en el *Quijote* de su expedición á Flandes con el duque de Alba, no sólo no pronuncia una palabra en desdoro de los holandeses, no sólo respecto á las acusaciones que Felipe II les hacía, guarda una reserva, elocuente en un hombre que tomó parte en los crímenes provocadores de aquel caudillo, sino que mienta la ejecución de los condes de Egmon y Horns, sin la más ligera nota contra ellos, á pesar de haberse justificado los dos asesinatos jurídicos con la excusa de que los condes eran traidores. Si añadimos estas observaciones á las palabras de la *Gran Sultana*, me parece que habrá bastante luz, porque el silencio de Cervantes era á veces tan significativo como su propia palabra.

Para pensar de aquel modo era también necesario que fuese partidario de las libertades de los Flamencos y de la tolerancia religiosa: cuestión más delicada, más oscura, aunque susceptible de resultado. Lo que opinaba de Cataluña nos ha demostrado ya que le gustaban los países y los hombres libres; y si creía necesario que España corriese bien con Holanda — ó que ésta no fuese una triste historia para aquélla — señal que creía también necesario que se respetase las instituciones de los holandeses. En cuanto á la libertad de cultos, es claro, es evidente que la rechazaba para España, como lo indica el elogio que hace de los inquisidores españoles, llamándolos *centinelas de nuestra fe*; pero no le repugnaba en países dependientes de España, donde se hallase establecida. En otra parte de esta historia hemos ya consignado que durante aquellos años había perdido las preocupaciones que sacara de Madrid y Roma contra los protestantes, al verlos mezclados con los españoles en nuestros ejércitos; y que hasta debía parecerle chocante y monstruoso que se persiguiese en Flandes lo que se toleraba y pagaba en Italia. Es imposible que quien perdió sus preocupaciones religiosas hasta con respecto á los mahometanos, á pesar de odiarlos tanto políticamente, las hubiese conservado respecto á gente, á quien odiaba y debía odiar mucho menos, y con la cual vivía en la comunidad de los ejércitos, puesto que al fin eran cristianos como él, siquiera de diferente cariz. Además ningún insulto les dirigió nunca en sus obras.

En el mismo *Quijote* nos indica mucho más; y es que ni se espantaba de la misma libertad de cultos. «Llegué á Alemania, hace decir al morisco Ricote, y allá me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia.» Si ahora se recuerda que ese Ricote es sincero católico, y que aprueba cerradamente la expulsión de los moriscos por justa, merecida y prudente, se discernirá cómo pensaba Cervantes; á 28 años sobre la persecución religiosa de Flandes, cuando en la vejez, lleno de escrúpulos católicos, hablaba con tanta serenidad é indiferencia del libre culto de Alemania.

Las mismas citas, que en otras partes de esta historia tengo hechas de dos comedias donde se reduce á llamar á los protestantes *hombres de vanos errores é indómitos luteranos*, corroboran mi opinión; y si se me alega que en el *Trato de Argel* reprobó la rebeldía de los holandeses, tratándola de acto vergonzosísimo que impidió á Felipe II enviar una escuadra contra Argel, contestaré que no lo hallo contradictorio, pues si reprobaba el levantamiento, también reprobaba lo que lo motivó; sólo que para expresar lo primero tenía absoluta libertad, al paso que en lo segundo debía reducirse á meras indicaciones y reticencias. A pesar de todo, lo indicó visiblemente en las citas hechas; por cuyo motivo debe juzgarse de sus opiniones verdaderas en este asunto, no por un solo dato, ni por un solo juicio, sino por el cúmulo de todos; los cuales, opuestos unos á otros, nos dan la luz que necesitamos. Ahora bien, de este cúmulo resulta que si su monarquismo acendrado y católico le impedía aprobar la sublevación de Flandes, y si el anhelo con que deseaba la libertad del Mediterráneo le movió alguna vez á echar á los protestantes un dicharacho violento, como en los versos á la muerte de Felipe II, descubiertos por mi distinguido amigo don José María Ansensio, su inteligencia de diplomático y su corazón generoso le movieron también á reprobear primero lo que antes se hizo contra los sublevados, y á reconocer después que había acarreado á España una verdadera calamidad nacional.

Esto era Cervantes como militar, como oficial de marina y como diplomático.

LUIS CARRERAS.

[VIVA LA CATALINETTA!

I

— ¡Paco, querido Paco del alma!
— ¡Carísimo Ramiro!
— ¡Tú por aquí!
— No, todavía sigo por allí, ¿no lo ves?
— ¿Empezaron las bromas?
— Bien, dispensa pregunta tan española, y antes de continuar, subamos. Estoy aquí en el hotel de París; dentro de pocas horas continuaré mi viaje á Italia, y para que me digas qué ha sido de tí, quiero que comamos juntos, y mientras comemos, me contarás tus aventuras durante los seis años que hace que no nos hemos visto.

— Aceptado el convite; pero con una condición.
— ¿Cuál?
— Que hemos de comer donde quieras, menos en ese maldito hotel.
— Como gustes, pero creo que en ningún otro nos servirán mejor.
— No digas eso por Dios; en ese endiablado hotel tienen la mala costumbre de presentar la cuenta inmediatamente después de comer, lo cual corta la digestión, y además, he tenido algún disgusto con ese italiano. Está demasiado bien educado; todos los días viene á mi casa ó al cuartel á exigirme le pague una miseria; dos ó tres mil reales que consumió una pobre muchacha de la que me declaré protector.
— ¿Alguna virtud trasnochada?
— No, no lo creas, una muchacha, que de las tres condiciones que ha de reunir toda mujer, tenía dos, era buena y bonita, pero no barata, y sino dígalo por mí ese italiano, cuya nacionalidad he cambiado, convirtiéndole en inglés.
— Veo que á pesar de tu edad y tu posición, no has cambiado.
— Ni cambiaré jamás; los ingleses nos arrebataron á Gibraltar, y yo, español de pura sangre, quiero vengarme y se lo estoy arrebatando poco á poco; pero chico, no puedo con ellos, me agobian.
— Siempre el mismo.
— «Naturalmente:» lo que entra con el Capillo...
— Ya sacas á relucir un trozo de comedia ó drama, pues te costará con el mismo.
— «En lo que toca al bolsillo, es malo ser consecuente.» Pero dejémonos de charlas, guía al restaurant que quieras y allí hablaremos hasta las nueve, hora en que sale el tren.
— Pues bien, vayamos al restaurant americano, la dueña me seduce, es una barbiana que me tiene *chiflé*.
— Buen francés.
— De la *camame*, de la *camame* puro.

II

— Ya es hora, lector mío, de que te describa á estos dos personajes, y aprovecharé para ello el tiempo que emplean en llegar al restaurant á donde les seguiremos, y por su conversación que hemos de escuchar, formarás completa idea de sus caracteres.

Paco Rovira, hijo de un conde arruinado, es alto, moreno, de ojos vivos, de barba negra y muy presumido, siendo como vulgarmente se dice un buen mozo. Por consideración á su padre le hicieron alférez de gracia, pues él en su vida estudió en más libro que en el de las cuarenta hojas, y en el corazón de la mujer, lo cual no es poco estudiar. De carácter alegre y decididor, no es lo que generalmente se llama un mal corazón, pero sí uno de esos hombres que no le tienen, y cuya ligereza causa con frecuencia irreparables males, cuyas consecuencias no se pára á meditar, pues para él el mundo es un sainete.

Arrojado y valiente, ha llegado á ser á los treinta años teniente coronel de caballería, y tiene el pecho lleno de cruces, que ha ganado en la guerra civil última y en la campaña de Cuba.

Ramiro, es de estatura regular, pálido, de fisonomía simpática, de ojos muy grandes y algo tristes. Es médico, con sus ribetes de filósofo y pensador. De gran talento y muy estudioso, ha conquistado una envidiable posición y un nombre conocido ya en Europa, á pesar de sus pocos años, pues no cuenta más que veintiocho.

Pero dejémonos de descripciones más detalladas; hemos llegado ya al restaurant americano, y como antes he dicho, escuchando la conversación de nuestros amigos les conocerás mejor que si te los describiese.

III

— Pepe.
— Señor...
— Supongo, Ramiro, que dejarás que disponga la comida, y que tu estado financiero te permitirá que pida á mi gusto y cuanto desee.
— Pide cuanto quieras.
— Pues mira, Pepe. En primer lugar procede, cuatro ó cinco docenas de ostras de Marennes y una botellita de Sauterne, no comprendo las ostras sin Sauterne; después... vaya, quiero ser económico, no quiero abusar de tí; nos sirves un cubierto de tres ó cuatro duros, ¿eh? anda, date prisa. ¡Ah! espera. ¿Qué vino te gusta más, Saint-Julien, Chatteau Margaux ó Chatteau Laffite? dí, generoso anfitrión.

— El que tú quieras.
— Pues mira: trae Chateau Laffite. Ya verás, Ramirito, qué opípara comida; pero no va á ser muy alegre por lo mucho que siento que te vayas esta noche y no poder devolvarte el convite; por más que, aunque no te marcharas, tampoco podría, pues ya ves, estamos á cinco del mes, y los que vivimos de un mezquino sueldo, á esa fecha ya no tenemos dinero.

— Pero hombre, á cinco, ¿y ya no tienes dinero? ¿qué haces de tu paga de teniente coronel?

— No lo sé; es decir, sí lo sé; la ruleta del casino es un abismo sin fondo. ¡Oh! pero ahora he descubiertó una combinación, con la cual me voy á hacer rico. Figúrate que juego veinticinco tantos de á peseta ó de á duro, á pares; diez á una docena...

— No te molestes porque...
— ¡Ah! sí, se me olvidaba, que eres un ignorante, no sabes jugar á nada; pero en fin, no importa, una combinación segura. Hace cuatro días me puse á jugar, y dí el

primer golpe, y el segundo, y al tercero á tierra, y...

«Tierra vieron al rayar el día.»

— Me haces reír con tus citas, y sobre todo con tus combinaciones, que dan con tu dinero en tierra.

— Te diré, te diré; eso fué por mi mala suerte, pero te aseguro que ganaré, vaya si ganaré, si es fijo, si es tan cierto

«Como que hace dos horas estaba muerto.»

— ¿Quieres hablar con formalidad, lo cual vale tanto como decirte que calles, hablador sempiterno?

— ¿Ya das también tú en la manía de llamarme hablador? es la manía de todos. Mis compañeros de última hora en el casino han dado en lo mismo, y estoy convencido de que no tienen razón. Si se lo llamaran á un alférez de mi regimiento. Ese sí que es hablador, ¡es mi mayor enemigo! En fin, podía decirte de él:

«Sirve en mi cuerpo un alférez que es hablador furibundo, y se llama D. Facundo Valentín Pérez y Pérez. No hay poder hablar con él.»

— Basta, por María Santísima, de versos; ya me has citado de *El nudo gordiano*, de *La Marcela*, y qué sé yo qué más. Dime, ¿cómo tienes esa memoria?

— Ya sabes mi afición al teatro; recordarás que cuando tenía diez y ocho años me escapé de mi casa y me fuí contratado con unos pobres cómicos que iban haciendo comedias por los pueblos. ¡Qué gran temporada aquella!

Es una desgracia la mía; á todo tengo afición: á las mujeres en primer lugar; al juego, al vino, al teatro, y á la caza. ¡Oh! ésta es una gran diversión.

— Pero hombre, si tú no has sido nunca cazador, estás poco ágil.

— ¿Y qué tiene que ver eso? yo no soy cazador de escopeta, cazador pedestre; soy cazador de verdad, me gusta correr liebres; si vieras qué perro tengo... un galgo, por el cual me ofrecen cien onzas!

— ¿Te tiro de la levita, Paco?

— No; no tires, lo puedo probar.

— Bien, no te incomodes; y sobre todo, no me hables de caza, sabes que no me gusta.

— Y dime, Ramiro, aun no me has hablado de tí; ¿á qué vas á Italia?

— Voy á un hospital de Nápoles á estudiar un sistema que ha descubierto el director para curar la tisis. Sabes que es mi manía; quisiera librar á la humanidad de esa terrible enfermedad. Cuántos infelices, cuántos...

— ¡Ay, ay! te vas á poner á llorar y á meditar, no estoy dispuesto á escucharte. Aborrezco los asuntos tristes. Mira, apura esta copa, yo beberé esta otra y aunque he bebido muchas,

«Mientes si piensas que al asirla dude Medroso el corazón, débil la mano...»

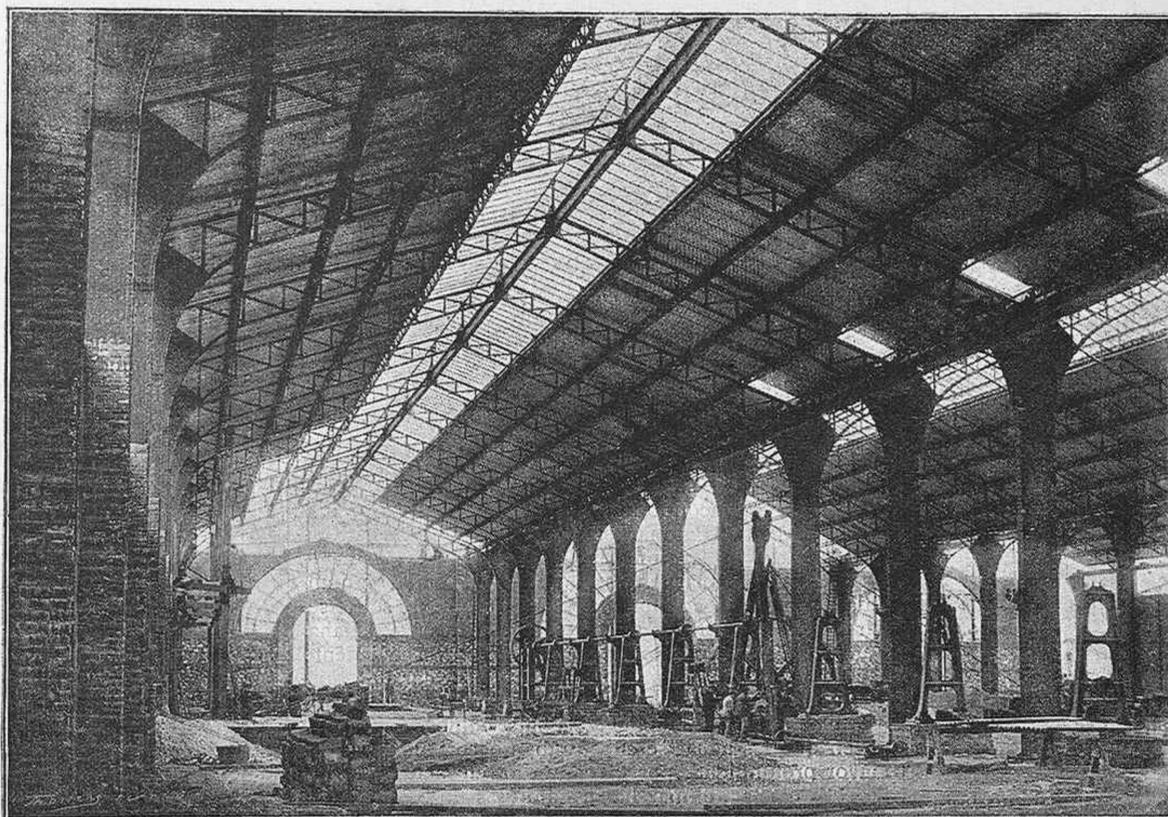
— ¿De dónde son esos versos?

— De *Sancho García*, por cierto que me acordaré toda mi vida de la última vez que ví ese drama en Barcelona. Conocí aquella noche en el Teatro Principal á Remedios, una rubia, chico, ¡qué rubia! preciosa, monísima de veras, pero qué genio, insufrible, celosa como un turco y exigente como un acreedor; si no hubiera sido por ese defecto, aun continuarían mis relaciones con ella, pero acabó por hastiarme; pasaba su vida llorando y doliéndose, porque decía que yo la había villanamente seducido y deshonrado. ¡Has visto estupidez semejante! Y yo hubiera pasado por todo, pero se mezcló su madre en el asunto y vino á buscarme y á quejarse porque la niña se escapó de su casa conmigo. Y yo la escuché con paciencia, y de-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



FACHADA DE LA SALA DE MAQUINARIA



GALERÍA EN LA SALA DE MAQUINARIA CON FUERZA MOTRIZ

volviéndole la hija la recomendé que en lo sucesivo la vigilase. Según tengo entendido, al presente ya hay quien haya reparado lo que dieron en llamar mi falta. La celosa Remedios es ahora mujer de un *honrado* comerciante catalán. Pobre hombre, pasará su vida vigilando á su mujer, cuando la vigilancia la necesitaba ella antes de casarse.

— Y dime, Paco, ¿no te acuerdas de la conciencia por eso? Es posible que tomes cosas tan serias y de tanta importancia, así tan á la ligera?

— ¡Empiezas tus sermones!

Tú siempre tan mojigato,
Que te colgaba el retrato,
Si no fueses mi pariente.

Y te llamo pariente, porque hoy haces la *primada* de convidarme á comer. Y si no quieres que riñamos, hazme el favor de no reprenderme ni hablarme de moral; creo que el hombre más moral es el que más se divierte; la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Y hablando de otra cosa, ¿sabes que ahora pienso marcharme á Filipinas? he visto América y quiero ver á Oceanía. Europa, el viejo continente me disgusta; aquí no sabemos vivir. ¡Qué país Cuba, chico, qué negritas! y sobre todo ¡qué mulatas! Y eso que allí no me he divertido mucho, porque he pasado los cuatro años que allí he vivido, en la *manigua*, persiguiendo aquellos condenados insurrectos. Mira, iba yo un día mandando mi guerrilla cuando...

— Signore...

— Tienes mucha suerte, Ramirillo, han venido á interrumpirme, si no, ya tenías manigua para rato; me ha dado la manía de hablar siempre de Cuba; no te digo más, sino que mis compañeros me llaman el guáguiro...

— Signore...

— ¿Otra vez? ¡Ah! ¿eres tú, Catalinetta? Mira, entra; quiero que te conozca este amigo. — Vas á conocer á una napolitana de diez y siete años que aunque algo sucia y abandonada es preciosa. Hace ya algún tiempo que la persigo; pero chico, es una virtud, una Artemisa; mas

«Las torres que desprecio al aire fueron, á su gran pesadumbre se rindieron.»

— Dime, Catalinetta; pero tú no debes llamarte así; ¿cómo te llaman?

— Rossina, signore

— ¿Rossina? Bravo, como el Barbero de Sevilla. Tú no tendrás un tutor que se llame Don Bartolo, y yo no podré proporcionártelo; pero en cambio me comprometo á ser tu Lindoro, por otro nombre Almaviva.

— Deja esta pobre muchacha. Rossina, toma estas dos pesetas y vete.

— No, no; antes de marcharte es preciso que bebas esta copa de Champagne y que bailes un poco. Verás qué gracia tiene.

— Hombre, tal vez no haya comido esta pobre niña durante todo el día y quieres que beba Champagne.

— Pues precisamente porque no ha comido, quiero que beba; esto la alegrará.

Rossina era una de esas pobres muchachas á quienes la miseria arroja de su país y que como las golondrinas, vienen á España al llegar la primavera. Era algo más alta que baja, ojos grandes y azules, esbelta, delicada, macilenta pero lindísima; pálida de color, tristeza en los ojos, sonrisillas melancólicas en sus rosados labios; inocencias de niña en todo el rostro angelical. Vestía un trajecillo de vivos colores remendado por tantas partes que parecía tablero de ajedrez; cubría su diminuta cabeza graciosa toca adornada con cintas; colgado al cuello llevaba un acordeón, del cual sacaba

unas cuantas notas ratoneras con las cuales acompañaba esa monótona canturreo de las italianas, interrumpida por los gritos de: ¡Viva la Catalinetta! ¡Chunga la Vicentina! al mismo tiempo que bailaba de un modo incomprensible para una gitana nacida al pie de las Alpujarras.

Paco hacía algún tiempo que requería de amores á la abandonada italianita.

Rossina habíase enamorado de la varonil hermosura de Paco.

Aquella noche, la perfidia, el engaño, las falsedades, el amor y el Champagne desvanecieron para siempre las inocencias del rostro antes candoroso de la infeliz Rossina.

Ramiro no pudo salvarla.

IV

Ha transcurrido un año. Nos hallamos en Nápoles, y si me sigues, lector complaciente, por las calles de Z, iremos á parar al hospital de la ciudad en donde encontraremos á un antiguo amigo. Ramiro está hablando con el célebre doctor D'Arnesano.

Escuchemos.

— No tengo esperanza de salvarla; ¡pobre niña! El alumbramiento se acerca y la calentura que produce la tisis la debilita de tal modo, que no podrá resistirle.

— Quisiera verla, doctor.

— Entremos en la sala.

— ¿Qué tal, Rossina? No contesta, está dormida.

— No señor; no duermo, soñaba que estaba en España.

— Pues mira, aquí hay un español.

— Sí; un español que cree conocerte. ¿No estabas hace un año en M...?

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

— Sí; también yo le reconozco. Vd. es un amigo de Paco.

— ¿De Paco Rovira? Comí con él el día que te conocí.

— Pues cuando vuelva usted a España, decídle que he muerto y que le perdono.

— ¡Que le perdonas! ¿Pues en qué te ofendió?

Rossina no pudo contestar; un fuerte dolor la desvaneció y sólo pudo lanzar un agudo quejido.

— Llegó el parto — dijo el doctor. — El delirio se apodera de Rossina.

— ¡Paco, Paco del alma, te amo! ¿Por qué me abandonaste? ¡Mi hijo! ¡Tu hijo! ¡Qué horror! ¿Me propones que vaya a esa casa? ¿Qué te he hecho...? Adiós, no te veré más. Sí, sí; quiero verte... ¡Paco! ¡Paco! No vayas con esas mujeres... Mátame... Estás malo; estás borracho... ¡Ay, ay! ¿por qué me pegas?...

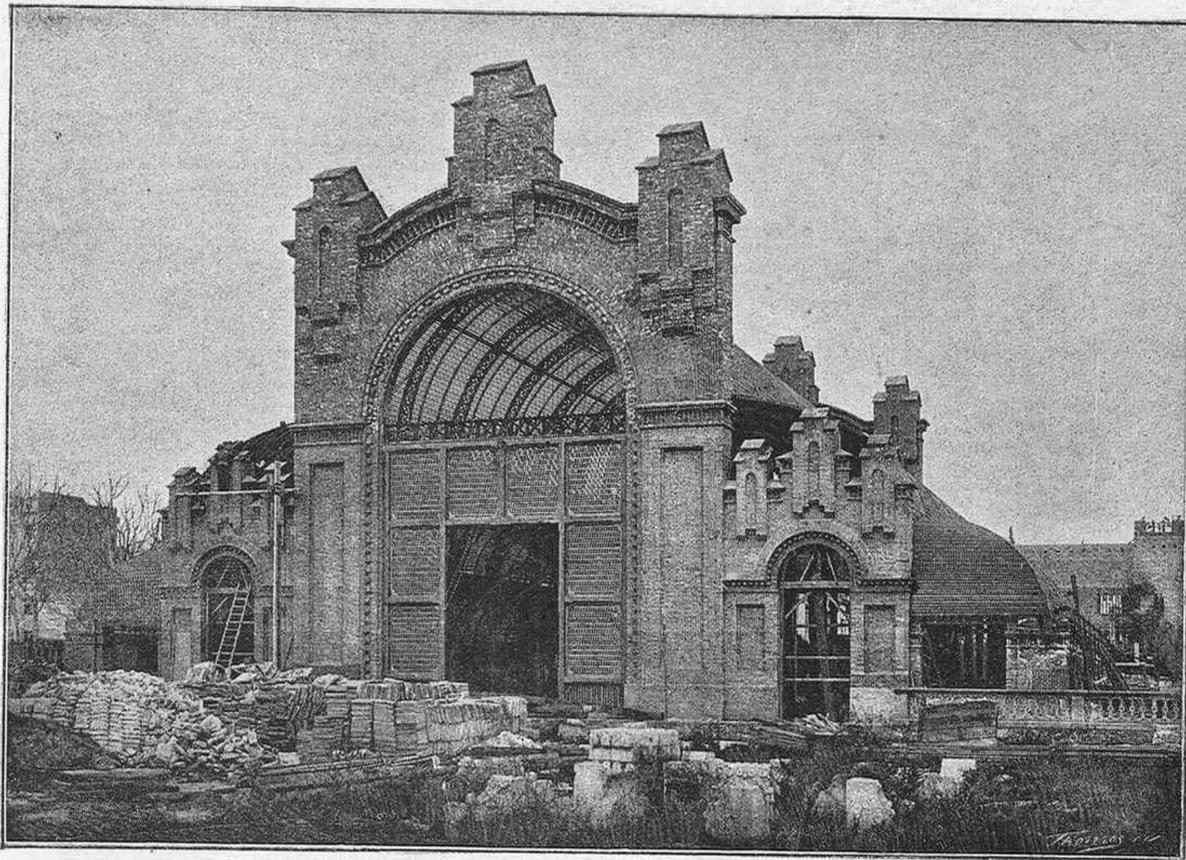
— Todo lo adivino, doctor; ese Paco es un infame. ¡Pobre niña!

Ramiro y el doctor lloraban. Rossina dió á luz un niño muerto. Pidió que le entregaran á su hijo y como no se lo llevaron se abrazó á una almohada á la que prodigaba amantes palabras y caricias y mecía entonando una triste canción.

— ¡Hijo mío! Tú te llamas Paco. ¡Cuán contenta estoy! tengo algo suyo, quiero bailar y cantar.

Trató de incorporarse; Ramiro la sujetó. Ella en su delirio siguió cantando hasta que quedó muerta en los brazos de Ramiro. Las últimas palabras que pronunció fueron: «¡Viva la Catalinetta!»

RICARDO REVENGA



UMBRÁCULO DESTINADO Á EXPOSICIÓN DE PLANTAS ESPECIALES EN EL RE-INTO DE LA EXPOSICIÓN

NOTICIAS VARIAS

AMÉRICA CENTRAL. — Cuarenta ingenieros, geómetras y dibujantes han partido de Nueva York para Greytown con el objeto de fijar definitivamente el trazado del canal del Nicaragua.

Tendrá el canal siete esclusas, cuyos extremos serán los puertos de Brito en el Pacífico y de Greytown en el mar de los Caribes (Atlántico).

La travesía de un Océano á otro exigirá treinta horas. El gasto total de la construcción será de 341.250,000 francos, incluso el 30 por 100 para imprevistos.

Una publicación oficial reparte la población de Colombia de la manera siguiente:

DEPARTAMENTOS.	POBLACIÓN.
Boyaca..	483,874
Cauca..	435,690
Santander..	423,427
Cundinamarca..	409,602
Antioquia..	365,974
Bolívar..	300,000
Tolima..	230,821
Panamá..	220,600
Magdalena..	82,255
Total.	2.955,243

Las fortificaciones de Cartagena de las Indias, Estado de Bolívar, nos costaron á los españoles la enorme suma de 1,180.000,000 de reales.

MÉJICO. — El senado de Méjico acaba de aprobar el proyecto de ley presentado por el gobierno para la naturalización de los extranjeros.

En el término de ocho meses, los extranjeros que tengan hijos nacidos en el país ó que en él se hayan hecho propietarios deben declarar si quieren conservar ó no su nacionalidad.

A falta de declaración, y en virtud de esta nueva ley, serán considerados como tales mejicanos.

Estas medidas tienden sin duda á influir contra la anexión del Norte de Méjico á los Estados Unidos, á consecuencia de la aglomeración de los inmigrantes anglofonos; pero no son á propósito para favorecer la inmigración europea.

CAMBIOS DE NIVEL EN LA COSTA MERIDIONAL DE INGLATERRA. — El periódico inglés *Cielo y tierra* ha dado

provechosas explicaciones acerca de los movimientos de la costa de Inglaterra. De tiempo atrás, dice, venía fijándose la atención sobre los desniveles ocurridos en la costa meridional de la Gran Bretaña; pero los movimientos han sido tan complicados, por desgracia, que no se había adelantado un paso en su explicación, pues no había satisfecho la que se daba fundándolos en la variación del nivel del mar. La opinión que M. Gardner ha dado en los últimos números del *Geological Magazine* sostiene que toda la costa se halla en movimiento. En muchos parajes se han encontrado bosques sumergidos á 20 metros bajo el nivel del mar; en Pentuan se han descubierto huesos humanos á 12 metros más abajo que la altura de las aguas en pleamar; en Carnon todavía á mayor profundidad, á cerca de 20 metros, y la isla Wight no se ha separado del suelo inglés sino después de la era cristiana. Pero donde se descubre principalmente este movimiento es en la costa de Cornuailles, en la que el mar ha ganado terreno á la tierra firme. En otros lugares, como, por ejemplo, en Poole, la ciudad se halla edificada en un sitio en que las aguas se encontraban hace setenta años á mayor profundidad; por el contrario, en cuarenta años, de 1785 á 1825, el mar ha invadido las dunas próximas á Poole en una extensión de más de 900 metros. El con-

Pero M. A. Good indica una solución muy ingeniosa, que consiste en sustituir la varita material con un rayo luminoso que venga á trazar en la pared ó en el techo de un aposento oscuro los movimientos del pulso (fig. 2). Este rayo luminoso, pasando por un orificio de las puertas ó ventanas, ó proviniendo de otra manera artificial dispuesta para el caso, viene á herir un espejito, fijo á la muñeca del brazo con una cinta de gutapercha, y siguiendo las leyes de la reflexión va á formar una imagen en el techo. En virtud de los imperceptibles movimientos que el pulso imprime al espejo, pueden seguirse las oscilaciones del rayo reflejado, como las de una varita rígida, y se ve desviarse la imagen del techo con más ó menos rapidez, según la frecuencia del pulso de la persona que se presta al experimento.

En los hospitales suele emplearse un medio análogo para hacer visibles las pulsaciones, pegando una ligera tira ó cinta de papel á la arteria que haya de estudiarse.

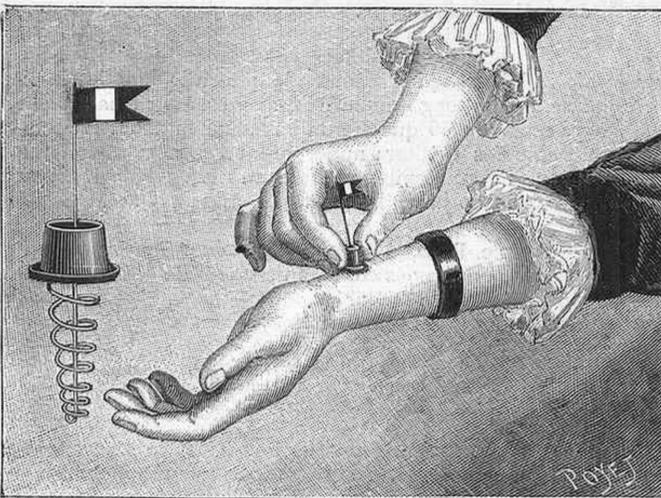


Fig. 1. — Esfigmógrafo de alambre

dado de Kent parece que se va elevando; el de Sussex se levanta por un lado y se hunde por otro, y los condados más occidentales se hundén también.

LA CIENCIA PRÁCTICA

ESFIGMÓGRAFOS ECONÓMICOS. — Para hacer ostensibles á nuestra vista los latidos del pulso ó del corazón se hace uso de aparatos llamados esfigmógrafos, que suelen ser marcadores, como el del doctor Marcy: son aparatos

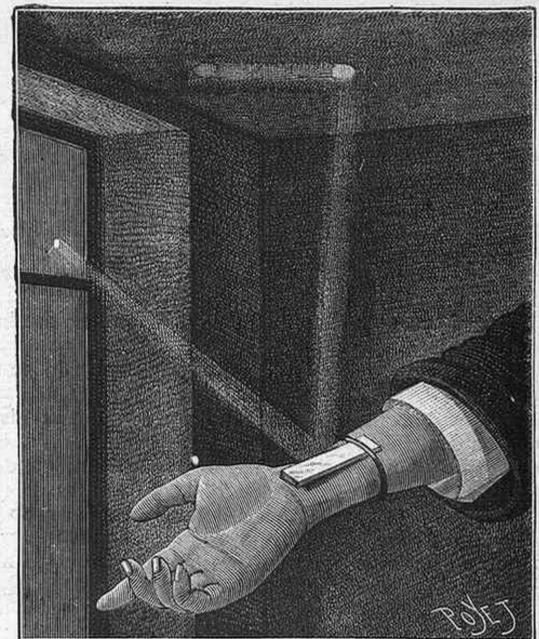


Fig. 2. — Esfigmógrafo de espejo

Con el aparato que representa la fig. 1, y que es enteramente metálico, es fácil hacer sensibles los movimientos de la arteria al oído de una ó muchas personas. Basta para ello soldar ó ligar un alambre de cobre al sombrerete de la espiral y luego adherir este alambre á uno de los polos de un elemento Leclanché; el otro polo de este elemento se une por medio de otro alambre á una virgula de latón fija con un brazaete de gutapercha al brazo del paciente en una posición determinada, para que á cada oscilación la varita que sostiene el banderín venga á tocar en ella. Interponiendo un teléfono en el circuito así formado, se oye un golpe seco en el instrumento á cada pulsación.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN